

peligrosa, la aversión arraigada que le han tenido les obliga á mirarla como gratuita, y á buscar, para impugnarla, razones donde no las hay. Lo repetimos, porque este es el punto culminante: el verdadero enemigo de la evolución no es la fe, no es la ciencia, no es la razón, es la prevención; el día en que ésta se desvanezca, como tiene que desvanecerse, la evolución será aceptada con tanto ardor, como lo es hoy la rotación de la tierra y la creación en días-épocas (1). Por eso vemos que el elemento joven, menos expuesto á prevenciones, es en general transformista, y que sólo quedan en el partido contrario, entre los hombres de ciencia, unos cuantos veteranos que no se deciden á abandonar al fin las ideas que han venido acariando toda su vida.

(1) Una de las principales causas de la prevención reinante y de lo muy distintas que suelen ser las apreciaciones de la nueva doctrina, es la confusión intentada ó inadvertida del darwinismo con el evolucionismo. Pero, como dice muy bien el P. Zahm (*Ob. cit.*, p. 176): "Darwinismo y evolución distan mucho de ser sinónimos, por más que con tanta frecuencia se les siga tomando hasta ahora como tales. El darwinismo no es otra cosa más que una de las múltiples tentativas para explicar el *modus operandi* de la evolución: ¡cuántos no lo deberían saber! De esta confusión, nacida de ideas preconcebidas, resultaba que, á juicio de la generalidad de los lectores, todas las objeciones opuestas al darwinismo se lanzaban contra la evolución, y vice-versa. Y lo peor era que, en medio del calor de la controversia sobre estos asuntos, se echaba de menos muchas veces el conocimiento de la doctrina de la Iglesia, si es que no se la ignoraba por completo! He ahí la razón principal del *odium theologicum* y del *odium scientificum* que tanto han prevalecido en la literatura religiosa y científica de este último trecentio."

§ VI. Nuestro cambio.—El apasionamiento y la calma.—Polvareda levantada por Darwin.—Nuestras prevenciones.—Grandeza de Dios á través de la evolución: la especie metafísica y la orgánica.—Ventajas de un sistema armonizador.—Obstáculos y temores.—Las tres fases de los grandes descubrimientos: lecciones de lo pasado.—Oportunidad de la defensa: estímulos y contrariedades: el justo medio.

Suele decirse que la discusión hace la luz; pero mejor diríamos que la luz es incompatible con el calor de la discusión. En la discusión acalorada, la pasión ocupa el puesto de la razón, la cual va ciega en manos de aquélla á descubrir dificultades donde no existen, á dar soluciones extremadas y, por lo mismo, distantes de la verdad. En la discusión, se suscitan y agitan muchas cuestiones; pero sólo se resuelven en la calma. Disipadas las tinieblas de la pasión, se disipan los fantásticos espectros; la luz de la razón brilla pura, y muestra la realidad de las cosas.

Todo el mundo sabe la inmensa polvareda levantada por el transformismo; pocas habrá habido semejantes en la historia de la ciencia. El libro de Darwin sobre el *Origen de las especies* produjo una explosión que resonó en todo el orbe; y en seguida todos los hombres de ciencia entraron en un periodo de agitación inaudita (1). Aquel libro, para muchos, era la gran obra de

(1) Sólo en España, en 1883 ascendían ya á unos cincuenta y cinco los autores que habían escrito más ó menos extensamente en pro ó en contra de Darwin, según la receta que de ellos hace D. Máximo Fuertes Acevedo (*El*

destrucción, la apoteosis de la mentira; para otros era el nuevo evangelio de la verdad. En aquel momento pocos miraron las cosas con calma y pudieron verlas tales como eran; pero la calma se fué rehaciendo á fuerza de tiempo; y hoy se empieza ya á descubrir la realidad, y se hace á Darwin rigurosa justicia. Los enemigos lo reconocen ya por un ingenio portentoso, que pudo determinar una nueva y grandiosa fase en la historia de las ciencias, una fase de las más fecundas en descubrimientos; y sus mismos amigos no tienen ya reparo en confesar y criticar sus tan reales cuanto perniciosas aberraciones.

Nosotros, nacidos y educados en el calor de la discusión, quedamos, sin darnos cuenta, arrastrados por la corriente que dominaba en torno nuestro. Sin tener ni poder tener aún verdaderas convicciones propias, sin advertir lo que éramos ni por qué lo éramos, el ambiente que respirábamos nos hizo ser antitransformistas decididos, apasionados. Para nosotros, como para muchos, Darwin era el hombre funesto, en quien en vano se podía buscar nada bueno. Le combatimos repetidas veces de palabra (1), y desde hace ya más de doce años veníamos pensando seriamente en hacer de su doctrina una enérgica refutación por escrito.

Sin más fundamento que esa prevención general que se suele notar en contra de la evolución, y el verla en apariencia chocar con ciertas ideas más ó menos le-

*Darwinismo, sus adversarios y sus defensores*, Badajoz, 1883; Bibliografía, p. 77 y sig.), quien confiesa, que no puede dar razón de todos. De entonces acá, el número de ellos aumentó considerablemente.

(1) En el mismo ejercicio para la Licenciatura en Ciencias, habiendo sido interrogados acerca del transformismo, no vacilamos en combatirlo con toda la energía y extensión que nos fué posible. Pero esa fué, si no la última, una de las últimas veces que lo combatimos.

gítimas, la desechábamos como totalmente errónea á la vez que peligrosa. Persuadidos, sin razón, de que era falso el fundamento, conviene á saber, la mutabilidad de la especie, por falso debíamos tener cuanto sobre ese supuesto se levantara. Creíamos, pues, condenado *a priori* lo que nos parecía chocar con los más elementales principios de la metafísica. De ahí que, viendo los daños que el nuevo sistema, tal como se le suele exponer, causaba, y los numerosos prosélitos que iba ganando de día en día, nos sintiéramos vivamente excitados á impugnarlo con vigor y en todo terreno, especialmente en el de las ciencias naturales que era donde más campeaba.

Mas para impugnarlo con acierto, era preciso conocerlo á fondo; y para esto no bastaba mirarlo por un lado solamente, era forzoso considerarlo desde todos los puntos de vista, examinarlo á la luz de las diversas ciencias con que se relaciona, y estudiarlo por fin en la misma realidad. Por eso quisimos tomar el asunto con calma, á fin de poderlo examinar á sangre fría con toda imparcialidad, á la vez que íbamos adquiriendo los conocimientos necesarios en las referidas materias.

Pero muy pronto notamos que iba cambiando en simpatía la aversión que en un principio teníamos á la evolución, por lo mismo que íbamos advirtiendo cada vez más que este sistema, lejos de ser infundado, como muchos suponían, aducía en su favor numerosas razones tan sólidas por lo menos como las que pudiera aducir el sistema contrario. Entonces, al ver que por una parte y por otra había razones serias, vacilamos por algún tiempo, y movidos del deseo de acertar en una cuestión tan capital y que tan agitados y divididos tenía los ánimos, nos resolvimos á componer un trabajo

con el título: *¿Qué hay acerca del Transformismo?*, título que reflejaba muy bien el estado de nuestro espíritu. En ese trabajo procurábamos ir exponiendo con fidelidad el *pro* y el *contra* de la cuestión, para ver si hacíamos algo de luz y lográbamos siquiera aclarar nuestras dudas. Sucedió esto hace unos diez años.

A medida que íbamos estudiando y escribiendo, nos inclinábamos cada vez más á creer que el transformismo, no sólo tiene mucho de fundado y razonable, sino que es verdadero en el fondo, y que los errores que se le pueden probar están sólo en las exageraciones, en las consecuencias forzadas de sus partidarios sistemáticos. Si, filosóficamente considerado, no acabábamos de tenerlo siquiera en tanto aprecio como el sistema contrario, en cambio no podíamos menos de tenerlo por más científico. Las ciencias naturales militaban de lleno por él; y gran parte de las razones que esas ciencias aducen son tales que no veíamos cómo pudieran admitir réplica. Y lo que más nos movía en favor de ese sistema, era precisamente el modo como se le impugna, sin herirle jamás en el fondo, sin resolver más que con puras evasivas los solidísimos argumentos que lo corroboran. Lo que se impugna bien es lo exagerado y violento, pero lo esencial queda en pie. Los antitransformistas prueban que no ha habido tales y cuales transformaciones, pero de ahí no se sigue que no haya habido ni pueda haber otras. Al contrario, los ultraevolucionistas suelen proceder con bastante acierto al mostrar en general la mutabilidad de la especie; pero exageran ciertamente al dar el excesivo alcance que arbitrariamente dan á esa mutabilidad. El vicio está en argüir por ambas partes de lo particular á lo general, en violentar las consecuencias, dándoles una generalidad

que no tienen, ó bien, en deducir de la negación de una proposición general, la afirmación de su *contraria*, cuando sólo habría derecho para afirmar la *contradictoria*. Sin embargo, á pesar de esos excesos, siempre veíamos quedar en pie la *mutabilidad*, por lo menos hasta cierto grado.

Entonces estuvimos á punto de decidírnos de una vez por el transformismo y de abrazarle hasta en una expresión muy exagerada; pero dos cosas nos lo impedían y nos hicieron vacilar. Era la primera de ellas esa idea *quasi* innata que teníamos de los grandes peligros que debían encerrarse en un sistema, el cual tantas veces y tan malamente ha sido presentado en globo por ciertos autores católicos, como el enemigo irreconciliable de la fe, como el amigo del materialismo grosero, que quiere fabricarse un mundo sin Dios, y ennoblecer al hombre igualándolo con las bestias. La otra era la verdaderamente firme convicción que teníamos de que las especies, metafísicamente consideradas, son en todo rigor inmutables, puesto que, fundándose en las esencias de las cosas, no se pueden mudar sin destruirse, como tan admirablemente demuestra Santo Tomás.

La primera dificultad se desvaneció muy pronto. Los más competentes filósofos y teólogos, que no se contentan con considerar las cosas á bulto, se encargaron de disiparla. Distinguiendo, como deben, entre el transformismo, como teoría científica y racional, y el llamado transformismo radical y ateo, que prescinde de los hechos para dejarse llevar de las hipótesis más ridículas que le dicta el fanatismo sectario, los más afamados de los teólogos y filósofos católicos, por refractarios que se muestren á las ideas transformistas, se ven forzados á reconocer que los peligros vienen únicamente del abuso

y no del uso del transformismo, y que éste, en cuanto procede de conformidad con los hechos, no sólo tiene mucho de razonable y fundado, no sólo no tiene nada de contrario á la fe, á la Biblia, á las verdaderas enseñanzas de la Iglesia, sino que sirve, quizá mejor que ningún otro sistema, para revelar la grandeza de Dios y su infinita Sabiduría en la realización del magnífico plan del Universo visible.

Esto, para nosotros, es tan claro y manifiesto, que fué precisamente lo que al fin más nos predispuso en favor del transformismo. Mirando la creación por el prisma de este sistema, en ella se descubre un Dios grande como Dios. Preciso es reconocerlo: la fijeza de las especies, entrañando como entraña la creación inmediata de todas las formas orgánicas que van apareciendo sucesivamente, y la destrucción ó aniquilamiento de las que desaparecen, nos da de Dios una idea demasiado baja. Un Dios que todos los días tiene que estar corrigiendo, retocando ó reparando su obra; que hoy fabrica una cosa, y mañana la destruye; y que así procede durante una serie incalculable de siglos, siempre haciendo cosas cada vez mejores, y siempre destruyendo las imperfectas; y que, para producir las más acabadas, las que de lleno revelan su habilidad y grandeza, ha tenido que estar como ensayándose por tanto tiempo en otras que por fin le desagradan, como si de primera intención no hubiese podido producir sus obras maestras; ese Dios parece obrar de una manera demasiado humana; ese Dios no es aquel Dios Inmenso, Omnipotente, Sapientísimo, que cautiva las inteligencias y arrebató las almas y á quien los corazones adoran.

Pero un Dios que impera á la naturaleza, le manda desarrollarse; y por el juego de leyes sencillísimas

que le comunica, la obliga á producir de por sí, con calma como ella exige, pero tan admirablemente como Él le ordena, tantas, tan variadas, y tan primorosas obras, que no se destruyen, sino que se desarrollan, se perfeccionan, se complican, llenándolo todo de variedad y hermosura; ese sí que es aquel gran Dios de mi alma (1).

«El génesis del mundo orgánico, por intermedio de los agentes naturales, escribe el P. Leroy (2), exige infinitamente más genio que la creación directa. Entre un relojero que fabrica un reloj de precisión, y un inventor que crea una máquina capaz de producir ella sola el mismo reloj, para mí no cabe duda; el inventor me parece á cien codos por encima del obrero inmediato».

En la fijeza Dios es causa inmediata de la especie, en la evolución aparece como *Causa causarum*; y *melior est causa causae, quam causa causati*.

(1) Son muy significativas las confesiones del Marqués de Nadaillac, quien en su obra, *El Problema de la vida* (vers. cast. de Sereix, Madrid, 1893, página 147), á pesar de seguir mostrándose antitransformista, no puede menos de reconocer que la producción de las formas orgánicas mediante la evolución «es una concepción más religiosa y conforme con la idea del poder divino, que suponer al Creador procediendo por creaciones bruscas é intermitentes, modificando de continuo su obra á través del tiempo y del espacio, como el escultor modela el barro y retoca varias veces los contornos de la estatua que modela. La incessante intervención del poder divino no nos parece conforme con los principios científicos y filosóficos, y á colocarnos únicamente en este punto de vista, nos aplicaríamos de buen grado á las teorías transformistas, que tan rápida popularidad han adquirido».

Poco después añade en una nota: «Suele decir cierta escuela que la Iglesia Católica condena la doctrina transformista. Grave error; sabios católicos hay que la han defendido y defienden con empeño. Bástenos citar al P. Leroy, de la Orden de Predicadores, y al Dr. Maisonneuve, profesor del Instituto Católico de Angers. Todos reconocemos por otra parte que la fijeza de las especies no contiene en sí ninguna explicación racional del modo de sucederse las formas vivientes en la superficie del globo, ni de las relaciones morfológicas que entre ellas existen».

—V. Id. en la *Rev. des Quest. scient.* Julio, 1896, p. 229 y sig.

(2) *L' Evolution des Espèces organiques*, Paris, 1887, p. 57.

Esa grandeza de Dios, que se descubre en el evolucionismo, es el imán poderoso que nos atrajo hácia tan sublime sistema, y que hoy nos mantiene unidos á él de una manera firmísima, inquebrantable. Sin embargo, antes de habernos adherido con seguridad, cuántas vacilaciones, cuántas dudas, cuántas perplejidades agitaron años y años nuestra alma!

La segunda causa que, como queda dicho, nos impedía abrazar el transformismo, eran nuestras convicciones filosófico-tomistas. Estábamos seguros, como lo estamos ahora, de que las *especies metafísicas* son de suyo necesariamente *inmutables*, y no acertábamos, como no aciertan muchos, á concordar esta idea con la *mutabilidad* de las especies defendida por el transformismo.

Pero estudiando la cuestión asiduamente durante algunos años, y no *a priori*, sino, en cuanto nos ha sido posible, en la realidad de las cosas y, cuando no, en los trabajos de los más acreditados naturalistas, acabamos por convencernos también de la rigurosa *mutabilidad* de las llamadas *especies orgánicas*. Entonces caímos de una vez en la cuenta de que éstas no corresponden, ni con mucho, á la idea de la especie metafísica. Las *especies metafísicas* se fundan en la naturaleza íntima de las cosas, y, por lo tanto, son tan inmutables como esas naturalezas ó esencias; pero las *especies en Zoología y en Botánica* fundan en un conjunto de caracteres orgánicos, todos puramente *accidentales*, y, por lo tanto, son tan *variables* como los accidentes de las cosas, los cuales nunca permanecen en un mismo sér.

Desde entonces acá defendemos con energía, en nuestros cursos de Historia Natural y de Hermenéutica Sagrada, la *absoluta mutabilidad* de las *especies orgánicas*; y desde entonces también estamos firmemente convencidos

de que, no sólo no hay oposición entre el transformismo y las doctrinas tomistas, sino que el Angel de las Escuelas debe figurar como uno de los padres del evolucionismo teleológico. Aun más: estamos en la firme persuasión de que, si los teólogos y filósofos ofrecen al transformismo tan enérgica resistencia, no es tanto porque para ello tengan verdaderas razones positivas, cuanto porque, juzgando, y con razón, que la especie, tal como se entiende en Metafísica, es inmutable, extienden esta inmutabilidad á lo que en Zoología se designa también con la palabra *especie*. De ahí que á veces se desorienten, al ver los solidísimos argumentos de los transformistas, y que, no sabiendo qué responder, comiencen á abrigar dudas acerca de la inmutabilidad de la especie metafísica, y, por consiguiente, acerca de la indudable inmutabilidad de las esencias de las cosas (1).

Con sólo la sobredicha distinción entre la especie *orgánica* y la especie *metafísica* ó *ontológica*, y con reconocer que la primera es *mudable*, al paso que la segunda goza de *inmutabilidad absoluta*, se evita esta confusión de ideas, y se pueden avenir los más convencidos transformistas con los filósofos más partidarios de la fijeza. Entendida esa distinción, no acabará uno de maravillarse

(1) Aquí vemos un ejemplo de los inconvenientes que tiene el *cortar por lo sano*, cual es exponernos á comprometer ó desmentir las mismas verdades que más amamos. Y vemos también las ventajas de cortar, no por lo sano, sino por donde se debe cortar, es decir, por entre la verdad y el error, negando á un sistema, atrevido ó peligroso, lo que tenga de falso, pero con sumo cuidado de concederle cuanto tenga de verdadero. Si por defender la metafísica desmentimos la ciencia experimental, no faltará quien en nombre de ésta se encargue á su vez, con la misma sinrazón, pero lógicamente, de desmentir á la metafísica. Dar á cada ciencia lo suyo, y no negar en ninguna de ellas nada, sin saber lo que se niega y por qué se niega, eso es lo que debe hacer quien deseé decidir con acierto una cuestión en que intervienen varias ciencias.

viendo que la grande diferencia entre la escuela transformista y la de la fijeza es una cuestión de nombres, más bien que de ideas (1).

Adquirida esta convicción, debimos prescindir de lo que llevábamos escrito, y nos resolvimos á defender con franqueza lo que nos parecía verdadero. El sistema, que por fin hemos abrazado, es el transformismo restringido, el evolucionismo en su expresión más moderada; porque este sistema es el único que puede probarse y establecerse con los numerosos hechos aducidos por los transformistas, y el único que puede responder y resistir á las objeciones legítimas de los contrarios. Estas sólo valen contra las exageraciones del transformismo radical ó ultraevolucionismo. Así es que, aceptándolas en su valor real, nos vimos obligados á restringir el sistema. Las objeciones infundadas por sí mismas se desvanecen con sólo exponer fielmente la cuestión. Las razones sólidas, que suelen alegarse por una y otra parte, se avienen muy bien y forman un todo harmónico, que es el evolucionismo restringido, teleológico-teísta; y ellas mismas condenan las exageraciones y abusos de los dos partidos opuestos. Solamente reconociéndose lo que el uno y el otro tienen de verdadero, pueden conjurarse los conflictos y llegarse, en cuanto cabe, á la verdad total. Porque, como por ambas partes se aducen razones fuertes, y aun insolubles, preciso es reconocer que ni el

(1) "He aquí precisamente, escribe el P. Zahm (*Evolución e dogma*, página 260), la razón por qué la teoría creacionista, rival de la evolución, queda fundada sobre una hipótesis; hipótesis que á su vez está basada sobre un concepto erróneo de los términos; agitándose así en sí mismo análisis una inexactitud de términos para y sencilla! Ciertamente, la historia de la palabra *especie* es uno de tantos ejemplos citados en la sabia observación de Coleridge, de que los errores en materia de nomenclatura ligran á veces engendrar ideas erróneas, las cuales, á su vez, engendran otros errores é impiden el progreso de una materia increíble.

evolucionismo avanzado ni el creacionismo intransigente están del todo en lo cierto: uno y otro poseen ciertas verdades incompletas, ciertos fragmentos de verdad; pero los dos sistemas, como exagerados, son falsos ó inexactos, y la verdad completa está en el justo medio.

Los que dicen, con el ilustre P. Zham (1), que no se da medio entre la evolución y las creaciones independientes, no podrán nunca llegar á soluciones satisfactorias, ni á desvanecer las dificultades reales que se aducen por ambas partes. Sólo reconociendo esas dificultades, y no despreciándolas, concediendo á las razones su justo valor, y no deduciendo consecuencias violentas ó demasiado generales, que de ningún modo se contienen en las premisas legítimas, se puede llegar á un sistema verdadero. Y éste no puede ser otro sino el transformismo restringido.

El mayor obstáculo para el triunfo de las ideas evolucionistas, lo ha sido ciertamente, como reconoce hasta Claparède, la osadía ó el fanatismo de los evolucionistas sistemáticos. Quitadas las exageraciones, la verdad, tarde ó temprano, se va haciendo camino. Por nuestra parte confesamos que el haber prescindido de las exageraciones y el habernos atenido únicamente á lo que la evolución entraña de suyo y á lo que enseña de razonable y legítimo, fué lo que nos permitió reconocer la verdad de esa sistema.

Y una vez persuadidos de que la evolución es verdadera en el fondo, y de que ella sola puede resolver muchos problemas de filosofía natural, nos decidimos á defenderla, seguros de que, sólo reconociéndola hasta ciertos límites, podemos llegar á soluciones satisfactorias, y de que, concediendo así á los ultraevolucionistas

(1) *Evolución e dogma*, p. 76.

lo que es justo, lejos de comprometernos á tener que admitir las consecuencias ilegítimas, estaremos más autorizados para rechazarlas, y lejos de comprometer la Revelación, más bien contribuiremos á esclarecerla. Por esto y por ver que las defensas hasta ahora hechas del evolucionismo cristiano suelen ser demasiado breves y, por lo mismo, confusas ó incompletas (cuando no ofrecen tendencias algo atrevidas ó quizá peligrosas), hemos querido tratar la cuestión á fondo y por extenso, desde todos los puntos de vista, para precisar los conceptos, quitar el pretexto á ciertas réplicas, y conjurar los peligros que pudieran seguirse tanto de las afirmaciones ambiguas, como de las exageradas. Porque estamos muy persuadidos de que la evolución, moderada y bien entendida, se impone y, en vez de acarrear peligros, corrige las más peligrosas tendencias pseudo-científicas. Por de pronto, ella sola basta para satisfacer á todas las exigencias racionales de los ultraevolucionistas y para hacerlas enmudecer cuando tratan de cohonestar sus intenciones sistemáticas invocando el especioso nombre de ciencia.

«Al pensar, diremos ahora con el citado P. Zham (1), que algunas proposiciones tratadas en este trabajo han suscitado tantos errores y tantas controversias inútiles, me convenzo cada vez más de lo urgente que es examinar á fondo un sistema que otros se atreven á condenar, sin querer enterarse de la defensa. Lo peor es, como ha sido siempre, la deplorable falta de lógica por parte de aquellos que hacen alarde de críticos de la evolución y de las teorías evolucionistas. Sin un modesto acopio de conocimientos y de hechos, se aventuran algunos á discutir cosas, que un conocimiento más vasto de la

(1) *Lug. cit.* p. 25.

naturaleza aconsejaría retractar. La evolución, empero, se encuentra exactamente en el mismo caso en que se hallaron los otros grandes sistemas, los cuales constituyen ahora las columnas que sostienen el noble y magestuoso edificio de la ciencia. La teoría de Copérnico fué, como todo el mundo sabe, denunciada como antibíblica; el descubrimiento de Newton, acerca de la gravitación, fué acusado de ateísmo; las investigaciones de los geólogos fueron tachadas de conducir á la incredulidad, y como «de eludir villanamente el testimonio de la Revelación». Que á la teoría de la evolución le debe tocar la misma suerte que ha tocado á otros descubrimientos científicos, eso no será ninguna maravilla para cuantos conocen la historia de la ciencia; lo que sí admira es que en nuestros días se encuentren, á pesar de eso, personas que de las lecciones de lo pasado saben sacar tan poco provechoso, y que se obstinan en sus fútiles tentativas de resolver con la metafísica aquellos problemas que por su misma naturaleza no pueden resolverse de otra manera, más que con los métodos de la inducción.

«El Dr. Whewell, erudito autor de la *Historia de las Ciencias de la Inducción*, solía repetir que todos los grandes descubrimientos científicos tuvieron que pasar por tres fases: «*¡Es un absurdo!*» exclamaba el público á primera vista; *es contrario á la Biblia*, decía después; finalmente, exclamaba con indiferencia: «*¡Pues es claro, ya se ve, bien lo decíamos nosotros que tenía que ser así!*»

—Si es verdad lo del famoso profesor del *Trinity College*, díganlo los modernos y vean un poco si no es ahora el caso de hacerlo valer para la evolución. Algunos continúan denunciándola como contraria á la razón; otros siguen creyendo de buena fe que es contraria á la Escritura; otros, finalmente, y no pocos, cuyo número va

siempre creciendo, están convencidos de que los gérmenes de la teoría evolucionista se encuentran en el Génesis y de que sus principios fundamentales eran reconocidos de Aristóteles, de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino. A la posteridad toca la árdua solución de esta controversia. Si la teoría que ha encendido tanta animosidad y suscitado infinitas contiendas está fundada en la naturaleza, triunfará en la lucha, porque la verdad triunfa siempre del error...

»Mi único y ardiente deseo es el de demostrar que no hay nada en la verdadera ciencia, nada en cada una de las teorías abrazadas por la ciencia y comprobadas por los hechos de la naturaleza, nada en la evolución sanamente entendida, que sea contrario al Sagrado Texto ó á la doctrina de la Iglesia; que antes bien, á la luz de la filosofía cristiana y de la teología, hay mucho que admirar en la evolución, mucho que ennoblece é inspira, que ilustra y corrobora la verdad de la fe, mucho que podría hacer servicios á la revelación y á la religión, que derrama nuevas luces sobre los misterios de la creación, que unifica y coordina lo que de otra manera sería incoherente, que realza nuestras especulaciones con respecto al poder creador, á la sabiduría divina y al amor infinito; mucho, en fin, que hace converger todo el saber humano, mejor que en otros sistemas, á la mayor gloria de Dios.»

«Pasará, á mi ver, escribe el P. Leroy (1), con la idea evolucionista lo que pasó con la de Galileo: después de haber alarmado en un principio á los ortodoxos, se mostrará, calmada ya la emoción, clara y limpia la verdad y sin exageración por ambas partes. Entonces quizá se le agradezca á un religioso el no haber temido

(1) *L'Évol. des espèces org.*, p. 10.

augurarle á esa idea buen porvenir. Sepamos dar al César lo que es del César, para invitar al César á que dé á su vez á Dios lo que pertenece á Dios».

No estará de más recordar lo que pasó con la Geología, cuando empezó á descubrir la perdida historia de nuestro planeta, y á mostrar los larguísimos períodos de la creación. La impiedad, claro está, se valió de esos nuevos descubrimientos, como de cualquiera otra ocasión aparentemente favorable, para negar la verdad de las Santas Escrituras. ¡Hasta dónde no llegó entonces la alarma y el sobresalto de muchos sabios católicos! En vano ven que la Iglesia tolera la nueva ciencia ó explícitamente la bendice; en vano ven que los Padres y los más distinguidos expositores reconocieron siempre como libre la interpretación de los días genesíacos. Como el sobresalto no deja obrar á la razón, ellos declaran ser dogma de fe, ó poco menos, la creación en seis días naturales (imposibles, pues para los tres primeros no había sol que los pudiese regular); y de esta manera prestan inconscientemente ayuda á los enemigos.

Hoy han desaparecido las exageraciones de racionalistas y católicos, y con ellas la primitiva alarma; y lejos de mirar la Geología como enemiga nuestra, la miramos como poderosa auxiliar de la exegética. Y ahora colmamos de alabanzas á aquellos sabios cristianos que, firmes en nuestras creencias, no sólo aceptaron desde luego los descubrimientos de la Geología, sino que fueron sus más decididos defensores; á esos grandes ingenios que, haciéndose superiores á las flaquezas humanas, arrojaron con valor los dicterios del vulgo, que los tildaba de aventurados, sospechosos, fautores de la impiedad, apóstatas de la fe. Esos hombres, hoy tan admirados, y ayer tan calumniados, dando al César lo que



es del César, lograron cristianizar las ciencias geológicas, dando así á Dios lo que es de Dios. A ellos acudimos ahora, á ellos á cada paso invocamos, cuando la impiedad se obstina en denigrar á la Iglesia presentándola como retrógrada y enemiga de la ciencia.

Volviendo á las palabras de Whewell, ellas encierran una profunda lección y una triste verdad que se palpa todos los días. En presencia de nuevas teorías, plenamente confirmadas, de continuo estamos oyendo: «¡Ya me lo parecía á mí!... ¡bien lo decía yo!...» de boca de aquellos mismos que al principio clamaban contra ellas como si fueran absurdas y antibíblicas. Podríamos citar de esto abundantes ejemplos tan curiosos como instructivos (1). Es preciso que en las duras lecciones de

(1) Hasta el desmentir la generación espontánea (desmentida hoy á una voz por todos los apologistas, que casi la tienen por peligrosa) ocasionó en un principio alarmas y escándalos.

Basta recordar la tempestad de objeciones inverosímiles, que suscitaron las interesantes experiencias de Redi. Algunos de los impugnadores no vacilaron en decir que la teoría de este ilustre sabio era contraria á la divina Escritura, la cual, según ellos, enseñaba claramente la abiogénesis. Y la prueba que aducían era nada menos que la formación del enjambre de abejas en la boca del león matado por el vencedor de los Filisteos y que fué origen del enigma que tanto dió á éstos que pensar: «Del devorador salió la comida y del fuerte la dulzura». *Judicium*, XIV, 14.

Lo que hoy decimos de semejantes impugnaciones, se dirá dentro de poco de otras que ahora se hacen á ciertas novedades tachadas de peligrosas.

«Por qué no han de aceptar, pregunta el mismo Daub (Darwinismo, página 249) de acuerdo con De Candolle, los hombres sinceramente adictos á las ideas religiosas, la evolución de los seres, lo mismo que han aceptado, después de Galileo, la rotación de la tierra, después de Laplace, la formación sucesiva de los cuerpos celestes, después de Lyell, los depósitos lentos é irregulares de las capas terrestres? Estas verdades científicas, y otras más, se han propagado por el mundo, hasta la China; y no han trastornado el cristianismo.»

«Hasta hace poco tiempo, se atreve á decir á su vez el Sr. Fuertes Acevedo (*El Darwinismo*, p. 162) había una contradicción (!) entre la relación Mosaica y la ciencia, sobre el significado de la palabra *aita*, aplicada á los periodos de tiempo empleados en la creación del mundo y los seres; mas llegaron á ponerse de acuerdo... La ciencia continuó en sus investigaciones y han surgido nuevas dificultades: ¿no volverán á ponerse de acuerdo la Ciencia y la relación inspirada de Moisés?»

lo pasado aprendamos á ser más cautos en lo venidero, y á no dar á los enemigos ocasión de que nos acusen de *oscurantismo* y, por fin, de *retracciones*, de *transacciones* ó *concesiones forzadas*.

Teniendo esto presente, no vacilamos en romper con todas las prevenciones que aun militan en contra de la evolución, y en exponernos á los dicitarios con que suelen recibirse las nuevas teorías, y ésta muy especialmente; pues creemos un deber salir por los fueros de la verdad, defendiendo la que vemos brillar clara en el referido sistema (1).

Por suerte, las cosas han cambiado mucho desde que empezamos á ocuparnos en esta empresa; el terreno está preparado, los temores y prevenciones van desvaneciéndose. La calma relativa que existe ahora, por una parte y por otra, deja ya obrar á la razón y permite que se descubran y desechen las exageraciones y se reconozca la verdad. El peligro y el temor estaban sólo en el transformismo avanzado, radical, materialista y ateo; pero éste, como sistema exclusivamente antirreligioso, tenía que ser esencialmente anticientífico; y así los mismos progresos de la ciencia se han encargado de desmentirlo, poniendo cada vez más de relieve sus errores tan funestos como peregrinos. Nada extraña que muchos de los que antes eran sus fogosos corifeos, se avergüencen ya de él, y hasta comiencen á ridiculizarlo.

Desvanecido ese temor, y á medida que pierde

(1) Podemos repetir á este propósito lo que escribe el docto orientalista dominico (nuestro buen amigo), P. Lagrange, hablando de *Les sources du Pentateuque* (*Revue Biblique*, Enero, 1898, p. 14) donde, después de mostrar los inconvenientes que hay en los dos extremos, de la intransigencia y del atrevimiento, añade: «Parece llegado el momento en que no se puede permanecer más en la inacción, sin comprometer la salud de las almas, sin alejar de la Iglesia ciertas fuerzas intelectuales que le están aún adheridas; parece que avanzando se pueden ganar otras muchas. Vayamos, pues, adelante, pero con respeto.»

terreno aquel sistema pernicioso, el transformismo católico y racional va haciéndose cada vez más simpático, y gana prosélitos. Despejado ya el ambiente, todo el mundo se va curando de espantos. Hoy, muchos publicistas católicos miran ya con otros ojos el transformismo, lo reconocen por ortodoxo y razonable y aun le conceden bastante valor.

A esto contribuyó no poco nuestro esclarecido hermano, P. Leroy, con las dos obritas que publicó en favor de la evolución; también ha contribuido á ello otro ilustre dominico, el P. Gardeil, con la interesante serie de artículos que ha venido publicando en la *Revue Thomiste* con el título: *El Evolucionismo y los principios de Santo Tomás*.

Lo mismo debemos decir de otros varios apologistas, seculares, sacerdotes ó religiosos, que han defendido resueltamente el nuevo sistema, ya en los Congresos Católicos, ya en Revistas ó en publicaciones aparte. Pero lo que más debió influir en desvanecer la ciega prevención contra la nueva doctrina, fué seguramente el cambio que de algunos años á esta parte se viene notando en los más competentes de sus impugnadores católicos, los cuales, en vez de mirarla con horror, como solía acaecer al principio, y de tenerla por enemiga irreconciliable, la van tratando con dignidad, nobleza é imparcialidad, no vacilando en tributarle verdaderos elogios. Estos testimonios, tan poco sospechosos, no pueden menos de producir gran impresión en el vulgo. Entre los apologistas recomendables por este noble proceder, merecen especial mención Duillé, Arduin, Nadaillac, J. d'Estienne, Farges, los PP. Bellinck, Carbonelle, Delsaux, Pesch, Monsabré, etc., y en España el P. Zeferino, el P. Vigil y el Sr. Fajarnés.

Sobre todo J. d' Estienne, en un interesantísimo trabajo publicado en la *Revue des Questions scientifiques* (1), titulado *Le Transformisme et la discussion libre*, hace ver la necesidad ineludible de ventilar esta cuestión con el más amplio criterio que cabe en los límites legítimos, mostrando los grandes peligros que hay en el temor, en el apasionamiento y, más aún, en las condenaciones prematuras; pues con eso no se hace otra cosa mas que dar gusto á los enemigos de la fe.

Todo esto no podía menos de alentarnos en nuestra empresa; pero aun nos animaron más y nos estimularon á llevarla á cabo las hermosas cartas que el señor Lapparent y el P. Monsabré dirigieron al P. Leroy con motivo de su primera obra, y que se hallan estampadas al frente de ella: «Siempre he tenido por un *desacierto*, dice aquel eminente geólogo, tomar enfrente á la evolución una actitud irrevocablemente agresiva. Por mi parte, no podría menos de *aplaudir la publicación, hecha por un religioso*, de un trabajo en sentido contrario. *Hay ideas á las cuales conviene irse acostumbrando, pues parece que ha de ser suyo el porvenir*. Tomar posición en este sentido, en nombre de un grupo de personas cuya ortodoxia religiosa nadie se atreverá á poner en duda, es, á mi juicio, *hacer un buen servicio, y obrar con sabia previsión*».—El P. Monsabré, después de reconocer, con el Sr. Lapparent, la utilidad de la citada obra, añade: «Hay ciertos ánimos que se exasperan ante esta teoría; eso proviene de que ella choca violentamente contra ciertas *prevenciones científicas* que cuesta trabajo sacrificar, ó de que *injustamente* se imaginan que no se puede ser evolucionista sin caer fatalmente en el materialismo... *Muy lejos de comprometer la creencia ortodoxa* de la acción

(1) Enero y Abril, 1889.

creatriz de Dios, reduce esta acción á un corto número de actos transcendentales, *más conformes* con la unidad del plan divino y con la infinita sabiduría del Todopoderoso... La ciencia avanza, y sus descubrimientos nos permiten ver cada día mejor la grandiosa unidad de la creación».

Por eso nos preocupan muy poco los disgustos que por esta obra presentimos. Como obra de concordia, tendrá probablemente la suerte de desagradar á los partidarios obstinados é intransigentes de uno y otro sistema. Ciertos antitransformistas nos acusarán acaso de *condescendencia*, de amor á las novedades, y de otras muchas cosas (1) con que el tradicionalismo exagerado procura siempre poner obstáculos á toda nueva verdad (2). Los

(1) Véanse las extrañas acusaciones que nos ha hecho ya el Sr. Valbuena en sus citadas *Cartas*, especialmente en la III, VI, VII, XII, XIII, XVI, y XXI. Semejantes cosas, sobre todo tales como aparecieron en *El Correo Español*, no necesitan respuesta; porque *ellas solas se alaban*... A nosotros nos basta ver nuestro proceder, autorizado con el de los mejores apologistas y con la enseñanza de Roma, y aplaudido por una autoridad tan respetable como la *Revue Biblique* (Julio, 1897, p. 491), que para las destemplanzas de nuestro distinguido adversario reservó sólo un supremo desdén. He aquí, en efecto, lo único que dice de sus *Cartas*: «Comme la satire et la plaisanterie avec les accusations les plus odieuses d' hérésie, de rationalisme, d' esprit voltairien, en font presque tous les frais, il n'y a qu' à féliciter le P. Gonzalez-Arintero de suivre la voie ouverte en Espagne par le cardinal Gonzalez...»

Véase también el juicio que de nuestro humilde trabajo (*Vindicación*, etcétera), tan duramente criticado por el Sr. Valbuena, hace, en *La Science Catholique*, (Agosto, 1896, p. 953) el Sr. Forjet, sabio profesor de la Universidad Católica de Lovaina, quien, después de un análisis detenido y lleno de inmerecidos elogios, si de algo nos censura, es de *excesiva timidez*: «Peut-être certains apologistes jugeront-ils le P. Arintero trop timide...»

(2) «Quo loco sane arguendi, sunt, decia ya oportunamente Melchor Cano (*De Locis*, lib. VIII, cap. 4.<sup>o</sup>) scholastici nonnulli, qui ex opinionum, quas in schola acceperunt prejudiciis, viros alias catholicos notis gravius inurunt, idque tanta facilitate, ut merito rideantur. Nobis autem schola nostra magnam quidem licentiam dat, ut quodcumque maxime probabile occurrat, id nostro jure liceat defendere: sed non licet tamen eos qui nobis sunt adversi, temere ac leviter condemnare...»

transformistas fogosos nos tacharán por el contrario, de timidez, y acaso de falta de lógica, precisamente porque tratamos de proceder con todo rigor lógico, admitiendo todas las consecuencias legítimas, pero solas ellas, rechazando las que no lo son. Mas los sinceros amantes de la verdad, los que defienden el uno ó el otro sistema, no por pasión, sino atraídos por las verdades parciales que en él descubren, verán cómo procuramos respetar esas verdades, y conceder á unos y á otros lo justo; verán cómo, huyendo igualmente de ambos extremos viciosos, y aceptando la verdad incompleta que hay en los dos sistemas contrarios, la concordia se establece por sí misma y se descubre la verdad completa; verán, en fin, cómo los dos extremos se destruyen mutuamente en lo que tienen de exagerados, y se encargan así de confirmar la exactitud del sistema intermedio.

He ahí la razón por qué en esta obra, contra la intención que en un principio teníamos, hemos acabado por dar poca importancia á la solución de los argumentos en contra; pues según hemos dicho ya, los legítimos los aceptamos, y ellos son los que nos han obligado á restringir el sistema (que eso es lo único que prueban, la restricción y nada más), y los que no tienen razón de ser se desvanecen por sí solos.

Este espíritu de concordia nos ha movido á unir en estrecha alianza la filosofía cristiana, la metafísica escolástica con las ciencias naturales; por lo mismo que la oposición de los tradicionalistas y de los ultraevolucionistas procede en gran parte del exclusivismo, del excesivo amor de unos á la metafísica y de otros á la ciencia, junto con el desprecio de todo aquello que ignoran.

Pasemos, pues, ya á dar una idea más detallada de la evolución en sí misma y en su historia.